

# El guardián entre el centeno



En julio de 1951 fue publicada la novela *El guardián entre el centeno* (*The catcher in the rye*). Para entonces Jerome David Salinger contaba con treinta y dos años, maravillosa edad para alcanzar la propia cumbre. Había nacido en Nueva York en el 19, de padre judío y madre cristiana. A los quince años ingresó a Valley Forge Military Academy donde recibió, en el 36, su único diploma académico. Con la máquina de escribir a cuestas y aprovechando los ratos libres que su vida de soldado de la Segunda Guerra Mundial le dejaba, escribió incansablemente. El 6 de junio del 44 participó en el desembarco de Normandía. Regresó a Nueva York en el 46 no sólo decepcionado, también herido después de un breve y desgraciado matrimonio. Más tarde, en el 55, se casó con Claire Douglas con quien tuvo a sus hijos Margarita, Ana y Mateo.

En la dedicatoria de *Franny y Zooey*, novela posterior a *El guardián entre el centeno*, escribió: “Lo más cerca posible del espíritu de Matthew Salinger, de un año de edad, cuando insta a un compañero de mesa a que acepte un frijol frío, insto yo a mi editor, mentor y (Dios le ayude) mejor amigo, William Shawn, *genius domus* de *The New Yorker*, amante de la probabilidad remota, protector de los poco prolíficos, defensor de los extravagantes sin remedio, el más insensatamente modesto de los grandes editores-artistas natos, a aceptar este bonito libro de aspecto descuidado.”

En esta breve dedicatoria hace gala de su agudo sentido de percepción, su capacidad para encontrar repentinas conexiones, su encantador sentido del humor y la maestría que hace falta para alcanzar la sobriedad. Salinger ha vivido retirado, exclusivamente dedicado a su silencioso trabajo de escritor. No acepta invitaciones de ninguna clase, no concede entrevistas y vive en reclusión total. No ha publicado desde el 65, tal vez pensando que nada puede añadir a su gloria y que sí podría disminuirla. Pero recientemente, después de un larguísimo silencio, anunció la publicación de un nuevo libro.

Al final del año 47 publicó en la revista neoyorquina, *The New Yorker*: *Un día perfecto para el pez banana*. La acción es brevísima, fugaz, pero perfectamente delimitada. En la habitación 507 de un hotel de Florida, la Sra. Muriel Glass habla por teléfono con sus papás que se encuentran en Nueva York preocupados por la integridad mental de su yerno. Terminada la conferencia, sin más pausa que un renglón en blanco, encontramos a Seymour Glass, protagonista de éste y otros cuentos de Salinger.

Platicaba con una niña de tres o cuatro años, Sybil Carpenter, entró con ella al mar y le contó la historia que da título al relato. Es una historia del todo alegórica que habla de los *bananafish*, asombrosos seres que avanzan felices a su ruina. Después de esto, Seymour Glass (a quien Sybil llama *See more glass*) subió a su habitación, su esposa dormía, “fue hasta una de las valijas, la abrió y extrajo una automática de bajo una pila de calzoncillos y camisetitas —Ortgies calibre 7,65—. Sacó el cargador, lo examinó y volvió a colocarlo. Corrió el seguro. Después se sentó en la cama desocupada, miró a la chica, apuntó con la pistola, y se descerrajó un tiro en la sien derecha.” La enorme velocidad del relato y su precipitación hacia la muerte lo convierte en una fotografía perfecta del mundo: las instantáneas luces que nos iluminan, el caos en el que permanecemos y nuestra incapacidad de comprensión. Perfeccionando esta técnica y tocando el fondo del corazón, logrará, unos pocos años después, la extraordinaria belleza de *El guardián entre el centeno*.

La pequeña obra maestra de Jerome David Salinger, *El guardián entre el centeno* ha conseguido gran popularidad y alcanzado cifras fabulosas de ventas. La primera traducción al español la hizo Manuel Méndez de Andes para la Compañía General Fabril Editora de Buenos Aires, que la publicó en 1961 con el título de *El cazador Oculito*.

La novela abarca tres días de la vida de Holden Caulfield, desde que escapa de la escuela, hasta que llega a casa de sus papás en Nueva York. Durante este tiempo, haciendo gala de un delicado humor y en una narración de doscientas veinte páginas, Holden tratará críticamente, usando su aguda intuición, todos los temas que pasan por su cabeza e irá revisando, con la frescura de un adolescente, los diversos aspectos sociales que no son sino mitos, adiestramientos culturales y llagas sociales. Le obsesiona la vergüenza social que, en los últimos tiempos, ha reemplazado a la noción de pecado. Poco a poco, hipnotizando al lector, Holden irá haciéndonos caer en la cuenta de que la educación es una farsa, los amigos dan la espalda, la religión es un estigma, los adultos mienten y dicen que creen cosas en las que no creen, los profesionistas sólo buscan intereses mezquinos, las prostitutas tienen prisa, nadie ve de verdad a los otros, hacen como que ven y como que oyen, pero en realidad sólo atienden sus larguísimos monólogos internos.

“La vida es una partida, muchacho”, le había dicho el Señor Spencer, su maestro de historia, “y hay que vivirla de acuerdo con las reglas del juego”. Pero Holden tiene su propia idea y piensa que “de partida un cuerno. Menuda partida. Si te toca del lado de los que cortan el bacalao, desde luego que es una partida, eso lo reconozco. Pero si te toca del otro lado, no veo dónde está la partida”.

Con la ilusión, el encanto y la radicalidad propia de los adolescentes, Holden nos lleva de la mano por el tejido social y nos hace ver cosas que los adultos, ya amaestrados, no vemos o hemos olvidado. Pero no se conforma con eso, porque acaba llevándonos a fin de cuentas a La Pregunta, así, con mayúsculas: “¿Qué quieres ser?”, le dice su hermana Phoebe. Y Holden contesta que no quiere ser abogado como su papá porque lo único que hacen los abogados, es ganar montones de dinero, jugar golf, comprarse coches, beber martinis secos y darse mucha importancia, “además, si de verdad te pones a defender a tíos inocentes, ¿cómo sabes que lo haces porque quieres salvarles la vida, o porque quieres que todos te consideren un abogado estupendo y te den palmaditas en la espalda y te feliciten los periodistas? (...) ¿Cómo sabes tú mismo que no te estás mintiendo?” Ese es el problema: “¿Qué quieres ser?”, pero de verdad.

No contento con eso, Salinger, a través del inolvidable Holden Caulfield, va más allá, a donde no nos atrevemos, apoyado en un verso de Robert Burns, poeta escocés poco conocido (1759-1796), pero del que Salinger ha tomado un verso de fuerza seductora que de inmediato nos provoca una experiencia estética, es decir, nos da una bofetada de luz.

“-¿Sabes lo que me gustaría ser de verdad si pudiera elegir?”

-¿Qué?

-¿Te acuerdas de esa canción que dice, “Si un cuerpo coge a otro cuerpo, cuando van entre el centeno...”? Me gustaría...

-Es “Si un cuerpo encuentra a otro cuerpo, cuando van entre el centeno” —dijo Phoebe—. Y es un poema. Un poema de Robert Burns.

Tenía razón. Es “Si un cuerpo encuentra a otro cuerpo, cuando van entre el centeno”, pero entonces no lo sabía.

-Creí que era, “Si un cuerpo coge a otro cuerpo” —le dije—, pero, verás. Muchas veces me imagino que hay un montón de niños jugando en un campo de centeno. Miles de niños. Y están solos, quiero decir que no hay nadie mayor vigilándolos. Sólo yo. Estoy al borde de un precipicio y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan en él. En cuanto empiezan a correr sin mirar a dónde van, yo salgo de donde esté y los cojo. Eso es lo que me gustaría hacer todo el tiempo. Vigilarlos. Yo sería el guardián entre el centeno. Te parecerá una tontería, pero es lo único que de verdad me gustaría hacer. Sé que es una locura.

Phoebe se quedó callada mucho tiempo. Luego, cuando al fin habló, sólo dijo:

-Papá va a matarte.”

Es decir, Holden quiere, ni más ni menos, el trabajo de Dios, pero su papá va a matarlo.

*El guardián entre el centeno* ha ayudado a gran número de adolescentes jóvenes y de adolescentes viejos a sobrevivir la inmensa fatiga que produce el encuentro cotidiano con este mundo antiguo y desgastado. Ha sido consultada como un oráculo buscando, en el laberinto de sus letras, la tenue línea que conduce la vida de cada lector. Ha ayudado a varios magnicidas, el más célebre tal vez sea el asesino de Lenon, a encontrar las razones necesarias para llevar a cabo su misión en la vida. Ha hecho morir de risa, cautivado y encolerizado a miles de lectores de muchos idiomas. A usted que lee estas líneas, si es que no ha disfrutado de *El guardián entre el centeno*, le recomiendo que vaya corriendo a buscarla.

Holden Caulfield, el inolvidable personaje de, va a visitar, después de andar huyendo de la escuela y de sus padres, al señor Antolini quien le explica: “no eres la primera persona a quien la conducta humana ha confundido, asustado, y hasta asqueado. Te alegrará y te animará saber que no estás solo en este sentido. Son muchos los hombres que han sufrido moral y espiritualmente del mismo modo que tú. Felizmente, algunos de ellos han dejado constancia de su sufrimiento.”

En su “Ensayo sobre la ceguera”, José Saramago escribió: “...no saben, no pueden saber, lo que es tener ojos en un mundo de ciegos, no soy reina, no, soy simplemente la que ha nacido para ver el horror...” En esta novela, la esposa del oftalmólogo, que es quien dice lo antes citado, es la única persona que permanece viendo en un mundo de ciegos. La experiencia es aterradora, porque viendo y queriendo cambiar lo que ve, acaba aceptando que muy poco y a veces nada puede hacer por transformar el mundo y que su labor consiste más bien en ser testigo vidente de la atrocidad. Es, simplemente, una conciencia para la vergüenza.

De la misma manera Holden Caulfield ve hechos y situaciones de una forma que nosotros, los amaestrados, los ciegos, siguiendo la idea de Saramago, no vemos. Los ciegos no son capaces de comprender el verdadero sentido y no pueden captar el conjunto de los acontecimientos. El vidente trata de explicar lo que ve, pero los ciegos no pueden entender porque esas experiencias quedan fuera de su marco de referencias. En todas las sociedades humanas siempre hay unas cuantas conciencias que ven y muchas personas que no ven. La idea fundamental de *El guardián entre el centeno* es despertarnos de tal manera que podamos preguntarnos a nosotros mismos si somos de los que ven o de los ciegos. Dudar es uno de los hechos fundacionales.

En realidad, muchas de las cosas que pasan en nuestra sociedad son todas para dar miedo, son acontecimientos a los que deberíamos revelarnos. Pero este es un aprendizaje que requiere paciencia. Citando al psicoanalista Wilhelm Stekel, el señor Antolini dice a Holden: “lo que distingue al hombre insensato del sensato es que el primero ansía morir orgullosamente por una causa, mientras que el segundo aspira a vivir humildemente por ella”. Es decir, el adolescente aunque ve, no ofrece soluciones reales porque plantea peticiones del estilo “todo o nada”, mientras que el hombre sensato “aspira a vivir humildemente” construyendo, en el reducido círculo de su influencia social, la posibilidad de un mundo mejor. El hombre sensato crea esta posibilidad reviendo y reinventando el mundo con los elementos que encuentra a la mano, a la manera en que los antiguos, después de observar la realidad y usando minerales, reinventaron el mundo sobre las bóvedas de las cuevas que habitaron, o al modo en que Borges, usando las palabras que se encuentran en cualquier diccionario de la lengua española, construyó endecasílabos:

No te arredres. La ergástula es oscura,  
la firme trama es de incesante hierro,  
pero en algún recodo de tu encierro  
puede haber una luz, una hendidura.

Este mundo llega a asquear por su mezquindad, pero no alcanzarían todos los libros del mundo para consignar la *Historia universal de la infamia*.

Félix García